

duce en el ánimo de los oyentes: plenamente poseído de la materia no busca los estudiados adornos de las palabras, sino que corre con fuerza y rapidez tras el nervio y la substancia de las cosas: quando él está agitado é inflamado son vigorosos y eficaces sus movimientos; y el sentimiento del orador se comunica rápidamente á los oyentes. Toma otro tono el discurso, si el orador habla como forzado por el íntimo sentimiento á buscar el desahogo en las expresiones, que si solo esparce artificiosamente sentencias y palabras para formar una eloqüente oracion.

„ El que está vivamente conmovido dice  
 „ con razon Voltaire (a), vé las cosas de  
 „ diverso modo que los otros hombres.  
 „ Todo es para él objeto de rapida com-  
 „ paracion y de metáfora: sin poner es-  
 „ tudio alguno lo anima todo, y comu-  
 „ nica á los que le oyen una parte de su  
 „ entusiasmo. “ Pero un orador tran-  
 „ quilo y frio, que pone gran cuidado en

(a) *Encyclop. Art. Eloquence.*

expresar una viva conmocion, que no siente en realidad, y que quiere excitar en los otros, jamas llega á lograr su intento; hará conocer su estudio, y enfriará al auditorio. *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*; y no podrá el orador encender con la eloqüencia nuestros corazones, si no arde tambien el suyo. Esta doctrina, que es comun á todos los oradores, debe aplicarse con particularidad á los predicadores, los quales tratando asuntos espirituales y abstractos, y contrarios á las ideas y á los afectos, que se tienen comunmente, deben manejarlos con mas fuerza de sentimiento, y para persuadirlos á los otros necesitan manifestar en sí mismos una mas íntima persuasion. Son muy duras y repugnantes á nuestra carne las verdades que nos anuncia el predicador, y es preciso que se presenten del modo mas dulce y penetrante, y con la mas fina cautela. Se oye con mas gusto al que procura persuadirnos una tan sublime y austera doctrina porque él está persuadido de ella, que no al que quiere

darnosla á entender solo por un esfuerzo de la eloqüencia. Nuestro orgullo no sufre con paciencia al que manifiesta querer ser nuestro maestro, al paso que nos complacemos de vernos de algun modo reconocidos por superiores del que parece que busca tener nuestra aprobacion en sus íntimos sentimientos, y procura hacernos creer lo que él cree mas vivamente. Se introducen con mas facilidad en nuestros ánimos aquellas verdades, de las quales vemos poseido el ánimo del que las íntima: se abrazan con mas ardor aquellos afectos, de los quales vemos inflamado el corazon del que habla: amamos y respetamos al que creemos intimamente penetrado de tan pios y christianos sentimientos, y entramos de mejor gana á la parte con él en las máximas que nos anuncia: y la íntima persuasion, y la viva conmocion del orador es necesaria á la eloqüencia sagrada, no menos por parte de los oyentes, que por parte del orador. Pero esta se ve tan raras veces en las oraciones sagradas, que dexando á parte al-

gunos pasages de los santos Padres, y singularmente del Chrysostomo, quien mejor que todos los otros hace ver la íntima persuasion que le mueve á hablar, y por ello es en mi juicio el mas eloqüente orador, y hablando unicamente de los predicadores modernos, podrá tal vez decirse con verdad, que solo se ha sentido plenamente esta íntima conmocion en las oraciones fúnebres de Bossuet. Sus reflexiones sobre la vanidad de las grandezas humanas, sobre lo caduco de nuestra vida, y sobre el valor de la eternidad, son de un ánimo plenamente poseido de tales verdades; y las moralidades parece que salen de su boca porque está lleno de ellas su corazon. Pero en las oraciones fúnebres es mas facil revestirse de estos afectos: la memoria del difunto, la presencia del feretro, el aparato de la funcion, todo llama la atencion, y todo inflama la fantasia. En los sermones morales, donde faltan los externos y sensibles auxilios, es precisa una mas fuerte sensacion interior para animar con el correspon-

diente ardor el discurso , y para comunicarla á los oyentes. Y en efecto el mismo Bossuet no ha llegado á dar á sus sermones morales aquel tono patetico y respetable , aquella fuerza de persuasion y de conmocion , que admiramos en las oraciones fúnebres. Trento es el orador en cuyos sermones, aunque no en todos , me parece ver mejor la íntima persuasion , y la viva sensacion de las cosas que dice ; y esta es en mi juicio la prenda de aquellos sermones que mas contribuye á hacerlos leer con gusto y con provecho. Para revestirse mejor los predicadores de las terribles verdades que nos intiman , no deberian ponerse á tratarlas sino despues de una larga y profunda meditacion : no hablar de la muerte sino poseidos de su imagen ; no del infierno sino atemorizados de sus tormentos ; no del pecado , sino horrorizados de su monstruosidad ; no de la caridad fraterna , sino con el corazon lleno de ternura y de amor ; no en suma de virtud alguna , sino enamorados de su hermosura , ni de algun vicio , sino des-

despavoridos de sus desordenes , ni de máxima alguna ó verdad evangelica , sino llena la mente , el corazon , la imaginacion y toda el alma de la profunda meditacion , de la íntima persuasion , del vivo sentimiento , del ardiente afecto y de los santos movimientos que inspira la Religion. *Pace multorum dicam id quod sentio* , diremos con el Cardenal Borromeo. (a) *Deberent omnes qui concionalem hanc artem facitiant , plurimum temporis impendere precationi , non solum quia pertinet ea res ad varias utilitates auditorum , ad fructum ipsius concionatoris , ad Dei gloriam , sed etiam quia videtur id ipsum esse inter naturalia instrumenta persuadendi quidquid velimus.* Disputaban los antiguos sobre si para llegar á ser perfecto orador era preciso ser hombre bueno y honesto ; y podrá tambien disputarse al presente de los oradores forenses ; pero ciertamente no puede ponerse duda alguna acerca de los predicadores evangelicos;

---

(a) Lib. II.

cos; no solo porque no puede ser perfecto predicador el que carece de la autoridad necesaria, *loquendi perditur auctoritas*, como dice San Gregorio (a), *quando vox opere non adjuvatur*; no solo porque los sagrados oradores son legados del mismo Dios, y pregoneros de la divina palabra, y la santidad del ministerio exige integridad de vida en quien la exerce, sino porque aún mirando unicamente la predicacion como trabajo literario, y como obra de la eloquencia, no puede esta llevarse á su perfeccion sin honestidad y piedad de sentimientos en el orador. ¿Como podrá combatir los vicios con la debida energia quien no los mira con horror y miedo? ¿como podrá hablar dignamente del amor de Dios, el que no se siente inflamado de él? *Prodit enim se*, dice Quintiliano (b), *quamlibet custodiat, simulatio: nec unquam tanta fuerit eloquendi facultas, ut non titubet, ac haereat, quoties ab animo verba dissentiunt.*

Pe-

(a) In. Past. (b) Lib. XVII, c. I.

Pero si para llegar á ser perfecto predicador es necesario ser bueno y honesto, religioso y christiano, no basta esto solo, y la perfecta eloquencia sagrada exige, ademas de la piedad de los sentimientos, y la santidad de los afectos, todos los auxilios del arte. No basta mirar como hombre bueno y santo las verdades evangelicas, sino que se requiere verlas, y hacerlas ver con aquel enfasis, con aquella energia, y aquel ardor, que distingue el modo de hablar oratorio del didascalico y familiar. Para esto se necesita grande esfuerzo de la fantasia, y firme y seguro auxilio de la imaginacion; y aun alguna vez la imaginacion puede suplir la falta del sentimiento, y hacer sus veces. Con ella el orador, sin estar realmente conmovido, hará derramar lagrimas á los oyentes, y las derramará él mismo: los hombres de una imaginacion sensible podrán inspirar en sus escritos el amor á la virtud que ellos no tienen: y la imaginacion, sino suple realmente el sentimiento para la impresion que hace en nosotros mismos, puede suplirlo para la que

Tom. V.

Rrr

ha-

hace en los demas. En qualquier cosa, y á qualquier proposito, para ver con viveza, y expresarse con energia y propiedad, se requiere la fuerza de la imaginacion; y quanto los objetos son mas espirituales y abstractos, y parece que admiten menos los adornos de la imaginacion, otro tanto necesitan de mayor auxilio para poderse hacer sensibles, y causar la debida impresion en los oyentes. Por lo qual creo, que podria acarrear una notable ventaja á la oratoria sagrada, si se procurase cultivar mejor la imaginacion, y sacar todos los auxilios que esta puede prestar para la evidencia de las materias, para la autoridad del orador, y para la expresion y fuerza de la oracion. Fenelon (a) quisiera que los predicadores no recitasen de memoria los sermones escritos, sino que, estudiada y meditada la materia, y preparado mentalmente todo el discurso, se pusiesen á hablar en el pul-

(a) *Dial. sur l' Eloq.*

pulpito como lo requiriesen las circunstancias. No me pongo á decidir qual de los dos metodos deba obtener la preferencia; pero no dudo que la augusta magestad del templo, la presencia de un numeroso auditorio, la elevacion del puesto del orador, y todas las cosas que le circuyen le inspirarian ciertos movimientos mas vivos y animados, y un orden en toda la oracion oportuno para la persuasion y conmocion de los oyentes, que no podrán nacerle en el retiro del gabinete. Desea el mismo Fenelon otra oratoria sagrada mas asctica ó catequistica, donde no solo se explique algun pasage de la Escritura para aplicarlo á lo que enseña el orador, sino que toda la doctrina de este nazca de la explicacion de la Escritura; donde se expongan los principios y el enlace de la doctrina evangelica, y todo el discurso del orador sirva para hacer que se entienda y se guste de ella. Por mas justo que sea el deseo de Fenelon, no por esto deberá excluirse el metodo actual de los buenos predicadores, de tomar una

verdad ó una máxima evangelica , y exponerla , y probarla con pasages de la Escritura y de los santos Padres , convencer y persuadir al auditorio , y estimularlo y moverlo á abrazarla ; pero podria tambien cultivarse con mucha ventaja de la Religion y de la eloqüencia lo que recomienda y desea Fenelon. Las lecciones sacras de los Italianos , si fuesen mas sobrias en las questões de erudicion , y en los adornos del estilo , y se dirigiesen mas rectamente á la explicacion de la Religion y de la moral evangelica , podrian satisfacer los deseos del que apetece aquella manera de oratoria sagrada. Pero la eloqüencia catequistica admite todavia muchas mejoras. Un catecismo perfecto, un buen curso de religion expuesto con eloqüencia instructiva y patetica , suave y eficaz es una obra que todavia no se ha hecho , y que hubiera sido digna de la sublime doctrina , y de la tierna eloqüencia de Fenelon. La *Exposicion de la doctrina católica* de Bossuet podria ser un noble modelo de este catecismo ; pero se qui-

sie-

siera en él mas extension de doctrina , habiendose reducido Bossuet á los puntos controvertidos con los protestantes , mas facil y clara instruccion , que pudiese servir para la universal inteligencia del pueblo , y una tierna y penetrante eloqüencia , que al paso que instruyese á los lectores penetrase é hiriese sus corazones , é hiciese no menos amable, que clara y evidente la doctrina que enseña. Tenemos muchos exemplos laudables de eloqüencia episcopal en las cartas pastorales ; pero no los tenemos de la que se requiere para sus sermones y para sus homilias. Los sermones de los obispos deben ser en mi juicio de un estilo harto diverso de los otros sermones , porque no sufren aquellos movimientos rapidos y energicos , aquellas figuras fuertes y vehementes , aquellos razonamientos sutiles y estudiados, que tal vez convienen á los otros oradores , sino que exigen un tono mas serio y patético , un modo de hablar grave y magestuoso , amoroso y paternal, que arrebate y sujete á los oyentes , los co-

ven-

venza, persuada y conmueva con la fuerza y con el peso de su autorizada dignidad. Otro estilo mas llano requieren las homilias; y ni de sermones episcopales, ni de homilias tenemos todavía buenos exemplares. Pero nos alargariamos sobrado si quisiésemos exponer nuestras ideas sobre estos y otros puntos de mejora en la oratoria sagrada; y es tiempo ya de concluir este libro de la eloquencia.

## CAPITULO VIII.

*Conclusion.*  
 De la ligera mirada que hasta ahora hemos dado á todas las clases de la eloquencia, nos presenta en varios generos buenos exemplares tanto antiguos como modernos, en otros nos hace ver la falta de ellos, y en todos nos manifiesta que todavía queda lugar para no pocas mejoras. Algunos quieren que en la literatura moderna estén cerrados los campos para cultivar la eloquencia, que abiertos en los tiempos

an-

antiguos sirvieron de teatro á la gloria de los Demostenes, de los Platonos, de los Tulios y de los otros hombres mas eloquentes de Grecia y de Roma. Pero talvez con igual razon podrá decirse al contrario, que las circunstancias de los tiempos modernos son mas favorables á la cultura de la eloquencia, y que hemos dilatado los confines, á que esta se veia cénida en la antigüedad. La eloquencia didascalica con el aumento de las ciencias, y con la mayor variedad de los conocimientos que tenemos al presente, ¡quanta mayor extension, y quanta mas clara luz no puede recibir de nuestros escritores! La teología y la religion dan á los modernos nuevos diseños y nuevos colores para formar, sobre las cosas divinas y sobre las humanas, quadros mas nobles y mas grandiosos, mas exâctos y mas delicados. Los progresos hechos en estos ultimos siglos en la matemática, en la fisica, en la astronomía y en la historia natural dan luces á los escritores de tales materias para pisar aquellos escabrosos campos con pie libre

y

Aumento  
de la elo-  
quencia di-  
dascalica.